

en su rigor. El abate Fenelon marchó á la muerte escoltado por sus protegidos. Tenia ochenta y nueve años y fué necesario ayudarle á subir las gradas de la guillotina; de pie ya en el cadalso, pidió al verdugo que le desatase las manos para hacer la accion de abrazar por última vez á sus pobres huérfanos. El verdugo conmovido obedeció: el abate Fenelon estendió las manos; los saboyanos se pusieron de rodillas, inclinando sus cabezas para recibir la bendicion del moribundo: el pueblo aterrado los imitó; todos lloraron juntos y el suplicio fué tan santo como un sacrificio.

El arrabalde San Antonio se indignó á su vez de que se le hubiese escogido para ciudad de la muerte. El suelo rechazaba al verdugo, pero los prosriptores no encontraban la guillotina bastante ejecutiva.

## XXIV.

Una noche Fouquier Tinville fué llamado á la comision de salud pública: «El pueblo, le dijo Collot, empieza á estragarse; es necesario reavivar sus sensaciones por medio de espectáculos mas imponentes. Arréglate para que caigan ahora ciento cincuenta cabezas al dia. «Al regresar de allí, dijo en su interrogatorio el obediente Fouquier Tinville, mi espiritu estaba tan poseido de horror, que me parecia como á Danton, que el rio llevaba sangre en vez de agua.»

En el cementerio de Mousseaux, habia un vasto foso en cuyas orillas estaban amontonadas una porcion de cargas de cal, en las que se echaban revueltas todas las cabezas y los cuerpos decapitados. Verdadero sumidero de sangre á cuya entrada se habia grabado la inscripcion de la nada: DORMIR: como si los verdugos hubiesen querido asegurarse á si mismos afirmando que las victimas no se despertarian jamás.

## LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones. —Roucher. —Andrés Chenier. —Los Carmelitas. —Madamas de Aiguillon, de Beauharnais y de Cabarrús. —El Temple. —Madama Isabel. —Madama Real. —El delphin. —Madama Isabel en el tribunal revolucionario. —Es sentenciada á muerte. —Su ejecucion. —Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion. —Sus dudas. —Sus amigos Saint-Just, Couthon y Lebas. —Sus enemigos secretos. —Disension en las comisiones. —Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. —Decreto. —Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon.

## I.

El carácter de los pueblos sobrevive á sus revoluciones. La seguridad de morir no causaba horror en el interior de las cárceles de París. La sensacion de la muerte se embotaba en los ánimos en fuerza de la repeticion de actos. Cada dia de olvido era una fiesta de la vida que los presos se apresuraban á consagrar al placer. El descuido con que estos miraban su existencia, les daba todas las apariencias del verdadero estoicismo, y la ligereza de su carácter se parecia mucho á la intrepidez. Sociedades, amistades, amores, todo se contraia aunque no

fuese mas que por una hora entre los presos de ambos sexos, que prodigaban ó la distraccion y á unos afectos mas ó menos licitos unos momentos consagrados á la muerte. Las conversaciones, las citas, las misteriosas correspondencias, las comedias ejecutadas en los calabozos, la música, los versos y el baile, se continuaban hasta el último instante. Venian á arrancar de la prision para el cadalso á uno que estaba jugando y éste dejaba las cartas á otro; otro salia para el mismo destino desde la mesa en donde acababa de vaciar su vaso. El otro iba al suplicio desde los brazos de una esposa ó de una amante. Jamás el carácter intrépido y voluptuoso á la vez de la juventud francesa, habia jugado tan de cerca con el peligro. El suplicio hizo á aquella juventud sublime ya que no habia podido hacerla seria. Sin embargo, la religion, esta amiga de los desgraciados, consolaba á la mayor parte de los sentenciados. Algunos sacerdotes presos ó introducidos furtivamente y disfrazados en las cárceles, celebraban los misterios del culto, tanto mas patéticos cuanto mayor era su semejanza con el sacrificio. La poesia, que es el suspiro articulado del alma, trasmitia á la posteridad las últimas palpitaciones del corazon de los poetas.

Mr. de Montjourdain, comandante de batallon de la guardia nacional, escribió el dia antes de su muerte una porcion de versos á la jóven que iba á dejar viuda.

El autor del poema de los Meses, Roucher, estaba retratándose en el momento en que fueron á llevarle la orden de comparecer en el tribunal; semejante orden equivalia á una sentencia. Roucher no era culpable sino del mérito que habia adquirido por la moderacion de sus principios, á pesar de que sabia que la demagogia no perduraba ni aun á la aristocracia del talento. Suplicó á los carceleros que esperasen á que estuviere concluido su retrato que estaba destinado para su esposa y sus hijos: mientras que el pintor daba las últimas pinceladas, Rou-

cher escribió sobre sus rodillas la inscripcion siguiente para explicar al porvenir la melancolia de sus facciones:

*No extrañeis, queridos hijos míos, la melancolia que se advierte en mi rostro. Cuando se estaba haciendo este retrato se estaba levantando mi cadalso, y yo pensaba en vosotros.*

## II.

Andrés Chenier, alma romana, imaginacion ática, á quien su animoso patriotismo habia hecho abandonar la poesia para lanzarlo en la politica, estaba preso como girondino. Los ensueños de su bella imaginacion, habian hallado su realidad en la señorita de Coigny, duquesa de Fleury, encerrada en la misma carcel. Andrés Chenier tributaba á la jóven cautiva un culto de entusiasmo y de respeto, que hacia mas tierna la sombra siniestra de la muerte precoz que cubria ya aquellas mansiones: en medio de tanta lobreguez, compuso para ella el canto mas melodioso que haya salido jamas de la tristeza de un calabozo. Este canto se tituló *La jóven cautiva*, y fué una imitacion del canto biblico de Jepte.

## III.

En los Carmelitas habia un calabozo estrecho y sombrío al cual se bajaba por dos escalones: tenia este calabozo una ventana enrejada que daba al jardin del antiguo monasterio, y en él se hallaban encerradas tres mugeres que habian caido en aquella sima desde el apogeo de la fortuna. Jamás habia reunido la escultura griega en un solo grupo semblantes, gracias y formas mas á propó-

sito para conmovier á los verdugos. La una era madama de Aiguillon, muger de ilustre apellido; la sangre de toda su familia humeaba aun en el cadalso: la otra era Josefina Tascher, viuda del general Beauharnais, recientemente sacrificado por haber sido desgraciado en el ejército del Rhin: la última y la mas hermosa de todas, era Teresa Cabarrús, querida de Tallien, culpable únicamente por haber moderado el republicanismo del representante de Burdeos y por haber sustraído tantas víctimas á la proscripción. La comision de salud pública acababa de arrancarla á la proteccion del procónsul, sin compadecerse de su sentimiento, arrojándola en los calabozos como sospechosa por su influencia sobre Tallien. La mas tierna amistad unia á dos de aquellas mugeres entre sí, á pesar de haberse disputado con frecuencia la admiracion pública y la de los gefes del ejército ó de la Convencion. La una estaba predestinada al trono adonde el amor del jóven Bonaparte debia elevarla; y la otra á destruir la república, inspirando á Tallien valor suficiente para atacar á las comisiones en la persona de Robespierre.

Un solo colchon tendido en el suelo en un rincon del interior del calabozo, servia de cama á las tres cautivas, consumidas por los recuerdos, por la impaciencia y por el ánsia de vivir. Con la punta de las tijeras ó con las púas de los peines escribieron en las paredes cifras, iniciales, nombres que lloraban ó imploraban, y amargas aspiraciones por la libertad perdida. Aun se ven en el dia estas inscripciones: ¡Libertad, cuando dejarás de ser una palabra vana!—¡Hoy hace cuarenta y siete dias que estamos encarceladas!—¡Nos han dicho que saldremos mañana!—¡Vana esperanza!—Ciudadana *Tullien*, ciudadana *Beauharnais*, ciudadana de *Aiguillon*.

La imagen de la muerte presente siempre á sus ojos, atormentaba sin cesar sus miradas y su imaginacion. El calabozo en que se hallaban era una de las celdas en

donde los asesinos de setiembre habian degollado mas sacerdotes. Dos de aquellos sicarios cansados de matar, se habian sentado un momento apeyando sus sabtes en la pared mientras restauraban algun tanto sus fuerzas. El perfil de estos desde el puño hasta la estremidad de la hoja, se habia impreso con sangre en el yeso húmedo de la pared, dibujándose en ella como esas espadas de fuego que los ángeles esterminadores muestran en sus manos alrededor de los tabernáculos. Aun se divisan sus contornos tan limpios y tan frescos como si aquella sangre no debiese secarse nunca. Jamás la juventud, la hermosura, el amor y la muerte, se habian agrupado en semejante cuadro de sangre.

## IV.

Habia una cárcel en París en donde no penetraban hacia ocho meses ni el ruido de fuera ni los consuelos de la amistad, ni las imágenes del amor, ni los últimos suspiros de la vida; era un sepulcro cerrado antes de la muerte. Esta prision era el Temple. Desde que sus puertas se abrieron para dejar pasar á la reina cuando se dirigia al cadalso, habian pasado ocho meses. El delfin estaba ya en aquella época en manos del feroz Simon. Aquel niño, profanado, pervertido y atontado por la rudeza y por el cinismo de Simon, no tenia comunicacion alguna con su hermana ni con su tia. Estas lo divisaban solamente de cuando en cuando desde las almenas de la torre cuando iban allí á respirar el aire libre, oyendo horrorizadas cantar al pobre niño sin comprender, las canciones impuras que Simon le enseñaba contra su propia madre y su familia.

Instruida Mad. Isabel por algunas palabras que habia oido, del proceso y de la muerte de Maria Antonie-

Couthon y Saint-Just aparentaron contra ellos el mismo rigorismo que habian mostrado pocos dias antes con sus enemigos. Solo salvaron á la jóven princesa y á su hermano. La órden de juzgar á Mad. Isabel, fué un desafío de crueldad entre los hombres de la situación, sobre quienes serian mas culpables con la sangre de los Borbones.

## VI.

El 9 de mayo, en el momento en que las princesas medio vestidas oraban al pie de sus camas antes de acostarse, oyeron llamar á la puerta de su habitacion con golpes violentos y tan repetidos que las puertas se conmovieron como si fuesen á saltar de sus goznes. Madama Isabel se apresuró á vestirse y fué á abrir. «Baja al momento, ciudadana! la dijeron los llaveros.—¿Y mi sobrina? les respondió la princesa.—Mas tarde se pensará en ella.» La tia conoció la suerte que la aguardaba, dirigióse precipitadamente hácia donde estaba su sobrina y la estrechó en sus brazos como para disputar aquella separacion. Madama Real lloraba y temblaba. «Tranquilízate, hija mia, la dijo su tia, seguramente volveré á subir muy pronto.—No, ciudadana, respondieron groseramente los carceleros, tú no subirás ya mas, toma tu sombrero y baja.» Como ella retardase cuanto la era posible el dar cumplimiento á aquella órden inicua, los carceleros empezaron á insultarla con inyectivas y apóstrofes injuriosos. En pocas palabras se despidió de su sobrina, haciéndola mil piadosos encargos, invocando para dar mas autoridad á lo que la decia, la memoria del rey y de la reina. Inundando de lágrimas el rostro de la jóven, salió volviéndose antes de atravesar el umbral del cuarto para bendecirla por última vez. En el postigo en-

contró á los comisarios que la registraron de nuevo, y haciéndola subir en un coche la condujeron á la Conserjería.

Era media noche. Se hubiera dicho que el dia no tenia bastantes horas para la impaciencia del tribunal. El vice-presidente esperaba á madama Isabel y la interrogó sin testigos. En seguida la dejaron descansar algunas horas en la misma cama en que María Antonieta habia pasado su agonía. A la mañana, la condujeron al tribunal acompañada de veinte y cuatro acusados de todos sexos, escogidos para inspirar al pueblo recuerdos y resentimientos contra la corte. Entre las personas que acompañaban á madama Isabel, estaban las señoras de Senozan, de Montmorency, de Canisy, de Montmorin, el hijo de esta última de edad de diez y ocho años, Mr. de Lomenie, antiguo ministro de la guerra, y el viejo cortesano de Versalles, conde de Sourdeval. «¿De qué se queja? dijo el acusador público viendo aquella comitiva de mugeres de ilustre apellido alrededor de la hermana de Luis XVI, en viéndose al pie de la guillotina rodeada de esta fiel nobleza, podrá creerse todavía en Versalles.»

## VII.

Las acusaciones fueron irrisorias, y las respuestas desdeñosas. «Llamais á mi hermano un tirano, dijo la hermana de Luis XVI al acusador y á los jueces, si él hubiera sido lo que decís, no estariais en donde estais, ni yo en vuestra presencia.» Sin dolor y sin conmoverse oyó su sentencia, pidiendo por único favor un sacerdote fiel á su fé para sellar su muerte con el perdon divino. Este consuelo le fué negado, y Madama tuvo que suplirlo con la oracion y con el sacrificio de su vida. Mucho tiempo antes de la hora del suplicio, entró en el calabozo

comun para animar á sus compañeras, presidiendo con una tierna solicitud el tocado fúnebre de las mugeres que iban á morir con ella. Su último pensamiento fué un escrúpulo de pudor, dando la mitad de su pañuelo á una jóven sentenciada poniéndoselo con sus propias manos, para que la castidad no fuese profanada ni aun en la muerte.

En seguida cortaron sus largos cabellos rubios, que cayeron á sus pies como la corona de su juventud. Las mugeres de su comitiva fúnebre y los ejecutores se los repartieron. La ataron las manos y la hicieron subir en el último banco de la carreta que cerraba el convoy. Quisieron que su suplicio fuese mayor viendo y oyendo los veinte y dos golpes que cayeron sobre aquellas cabezas aristocráticas. El pueblo reunido para verla pasar permaneció mudo: la hermosura de la princesa transfigurada por la paz interior, su inocencia de todos los desordenes que habían despolarizado á la corte, su juventud sacrificada á la amistad que tenia á su hermano, su adhesión voluntaria al calabozo y al cadalso de su familia, hacian de ella la víctima mas pura del trono. Es muy glorioso para la familia real el ofrecer aquella víctima sin mancha; muy impío en el pueblo el haberla pedido. Un secreto remordimiento roía á todos los corazones. El verdugo iba á dar reliquias al trono y una santa á la monarquía. Sus compañeras la veneraban ya antes de que subiese al cielo. Orgullosas de morir con la inocencia, se aproximaron todas humildemente á la princesa antes de subir una á una sobre el cadalso y la pidieron que las diese el consuelo de abrazarla. Los ejecutores no se atrevieron á rehusar á las mugeres lo que habían negado á Herault de Sechelles y á Danton. La princesa abrazó á todas las sentenciadas á medida que iban subiendo la escala. Despues de aquel fúnebre besamanos, entregó su cabeza á la cuchilla. Casta en medio de las seducciones de la belleza y de la juventud, piadosa y pura en una corte lijera, paciente en el calabozo, humilde en las

grandezas, y altiva delante del suplicio, madama Isabel fué tanto por su vida como por su muerte, un modelo de inocencia en las gradas del trono, un ejemplo de amistad fraternal y un objeto de admiracion para el mundo, y de oprobio eterno para la república.

## VIII.

El número y la barbarie de los suplicios, la inocencia de las víctimas, la reparticion de los despojos, la irrisión de los juicios, los torrentes de sangre y los montones de cadáveres trasformaban á la nacion en verdugo, y al gobierno en una máquina de asesinatos. Para saber gobernar bastaba con saber herir. La Francia presentaba el espectáculo de un pueblo que se diezaba á si mismo. El gobierno no se atrevia á desprenderse de la guillotina por temor de que no la volvieran en contra suya, no conservando el poder algunos dias sino escudándose con un perpetuo cadalso: semejante gobierno no podia durar mucho tiempo, porque no era sino un largo asesinato. El crimen no es duradero en la naturaleza; es imposible fundar un reinado de furor, de venganza, de espoliacion, de impiedad y de degüello. Semejantes épocas se atraviesan avergonzándose de ellas y sacudiendo despues el polvo de los zapatos cuando se han pasado. Tal es el orden divino de las sociedades humanas. La revolucion, armada para destruir antiguas y odiosas desigualdades y para marchar en orden á la fraternidad democrática, no podia desnaturalizarse impunemente á si misma, ni cambiarse en una opresion sanguinaria. Despues de haber destruido el trono debia en fin buscar otro poder regular en el pueblo, y organizarle con buenas instituciones y no por medio de degüellos. El terror no era el poder, sino la tiranía, y esta no podia ser el gobierno de la libertad

Estos pensamientos fermentaban en la cabeza de Robespierre, que se volvía loco por resolver el problema del poder que se debía establecer en la república.

Este problema, se planteaba por sí mismo á cada nuevo giro de la revolución ante todos los hombres reflexivos. Todos habían sucumbido tratando de resolverlo. Mirabeau, después de haber rebajado el trono al nivel de la nación y roto el cetro, había muerto sonando en quiméricas y pueriles reconstrucciones. La Asamblea legislativa se había ahogado en la constitución de 1791, imaginando un equilibrio imposible. Los girondinos se habían aplastado bajo el peso de una república mal asentada que quisieron sostener con leyes insuficientes. Hebert y Ronsin habían muerto por haber inventado á imitación de Marat una dictadura del pueblo personificada en un verdugo supremo. Danton había perecido por haber buscado el poder en los arrebatos y después en el vano arrepentimiento del pueblo; Robespierre, heredero á su vez de todas aquellas tentativas impotentes y de todas aquellas reputaciones destruidas, se preguntaba lo que iba á hacer de su omnipotencia de opinión y qué clase de gobierno daría á la democracia.

¿Tendría genio suficiente para inventarle y poder para asegurarlo, ó sucumbiría como todos, tratando de transformar la anarquía en unidad y la violencia en ley? ¿Sería él, si no, el ídolo siniestro? ¿Sería el hombre de Estado de la revolución? Tal era la cuestión que la Europa entera se proponía mirándolo, y la que él mismo se proponía también. Tres meses iba á tardar en saber á que atenerse.

## IX.

La muerte de Hebert había hecho á Robespierre dueño de la municipalidad. La de Danton le había hecho árbitro en la Convención. La perseverancia y el espíritu a-

lismo le daban el dominio sobre los Jacobinos. Su talento, engrandecido por el estudio obstinado y por cinco años pasados casi en la tribuna, daba á sus ideas y á sus palabras una fuerza y una actividad que nadie le disputaba. Ninguna elocuencia podía ya contrabalancear la suya: era la única voz grave de la república; y los Jacobinos y la Convención no escuchaban ya sino á él. Aunque no tuviese ni afectase aun un dominio absoluto en la comisión de salud pública, la opinión de la Francia le daba la superioridad, que es la dictadura de la naturaleza. Sus colegas se indignaban en secreto pero fingían dársela ellos mismos. La Convención simulaba el entusiasmo para disfrazar su servilismo; los Franciscanos estaban dispersos; la municipalidad subordinada enteramente á los agentes del partido de Robespierre: él respondía de las secciones, las secciones del pueblo, y Henriot de la guardia nacional. Robespierre no reinaba, pero reinaba su nombre. No le restaba otra cosa que hacer que realizar su reino y organizar su dictadura; pero vacilaba en dar este último paso.

Los motivos de estas dudas eran en el alma de Robespierre, una virtud y un vicio á la vez. «¿Por qué, respondía á sus confidentes, he sacrificado yo mi vida, mi pensamiento, mis vigiliat, mi palabra, mi nombre y mi sangre á la revolución? Para destronar á los reyes y á los aristócratas, para restituir el poder al pueblo y para hacerle capaz y digno de ejercer por sí mismo y solo su soberanía natural. ¿Y qué se me propone hoy en día, que los tiranos y los aristócratas están destruidos y que el pueblo reina por su representación nacional? Ponerme á mí mismo en lugar de esos tiranos que hemos destruido, y restablecer en mi persona en nombre del pueblo, la tiranía abolida.

«Convento, añadió, en que yo no abuse del poder supremo, y en que mi dictadura no sea sino la dictadura de la razón y de la verdad sobre la república; pero al

tomarla ó aceptarla habré dado el ejemplo mas seductor á los ambiciosos, y el mas fatal á la libertad. Mi reinado será corto: sé que mi pecho es el blanco secreto de cien mil puñales. Despues de mi, ¿quién os responde de mi sucesor? El peligro de la dictadura no está tanto en el dictador como en la institucion. Esta magistratura es la de la desesperacion de las naciones. Fundada contra la tiranía se cambia involuntariamente en una tiranía permanente. Salva un dia para perder un siglo. ¡Perezca el dia presente con tal que se preserve al porvenir! Dejemos que el pueblo se estravie, vuelva en sí, caiga, se levante, se hiera á sí mismo, antes de darle esta humillante tutela que le encadenará so pretexto de guiarlo. Las naciones tienen su infancia y la libertad su cuna. Es menester vigilar esta infancia de la libertad pero no enfreñarla. Convento en que la unidad es necesaria á la república, poned esta unidad en una institucion y no en un hombre, y que muerto éste, la unidad reviva en otro á condicion que esta unidad no se perpetúe mucho tiempo en el poder, y que este primer magistrado descienda pronto al rango de simple ciudadano. Algunos hombres son útiles, ninguno es necesario; solo el pueblo es inmortal.»

Así hablaba Robespierre á sus confidentes. Sus manuscritos testifican que tambien se hablaba de este modo á sí mismo. Su repugnancia por el poder supremo era sincera por los motivos que alegaba. Pero habia otros que le hacian repugnar apoderarse solo del poder, que aun no los confesaba. Estos eran que habia llegado al objeto de sus pensamientos y que en realidad no sabia que forma le convenia dar á las instituciones revolucionarias. Hombre de ideas mas que de accion, Robespierre tenia el pensamiento de la revolucion mas que la fórmula política. El alma de las instituciones para el porvenir era en su sueño el mecanismo de un gobierno popular que le faltaba. Sus teorías, tomadas de los libros, eran brillan-

tes y vagas como perspectivas nebulosas en lontananza.

Las veia siempre desvanecerse y no las tocaba nunca con la mano firme y precisa de la práctica. Ignoraba que la libertad por sí misma debe protegerse por un poder fuerte, y que este poder tiene necesidad de una cabeza para querer y miembros para ejecutar: creia que las palabras continuamente repetidas de libertad, igualdad, desinterés, adhesion y virtud, eran por sí solas un gobierno: tomaba la filosofía por la política, indignándose de sus errores: atribuía continuamente á los complots de la aristocracia ó de la demagogia sus decepciones: creia que en suprimiendo de la sociedad los aristócratas y los demagogos suprimiria los vicios de la humanidad y los obstáculos del juego de las instituciones: habia tomado al pueblo como una ilusion en lugar de tomarlo con seriedad: se irritaba por hallarlo con frecuencia tan débil, tan cobarde, tan cruel, tan ignorant, tan versátil y tan indigno del rango que la naturaleza le ha asignado: se encolerizaba, se agriaba y encargaba al cadalso que le allanase las dificultades, pero en seguida se indignaba por los excesos del cadalso y acudia á las palabras de humanidad y de justicia: volvia á apelar á los suplicios, é invocando la virtud suscitaba la muerte: vacilaba tan pronto en la incertidumbre y tan pronto en la sangre: desesperaba de los hombres y se asustaba de sí mismo. «¡La muerte! ¡siempre la muerte! esclamaba con frecuencia en el seno dela intimidad y los malvados la rechazan contra mí! ¡Qué memoria voy á dejar si esto dura! La vida me pesa.»

En fin, la verdad se hizo lugar una vez. Con la accion del desaliento desi mismo esclamó: «¡No! yo no soy á propósito para gobernar, sino para combatir á los enemigos del pueblo.»

## X.

Saint-Just, que era el único confidente, había tenido muchas conferencias secretas con Robespierre, en las que trató de persuadirlo á que tuviese una política menos vaga y designios mas determinados.

Saint-Just aunque jóven, tenía, si no en las ideas, al menos en el carácter, la madurez consumada del hombre de Estado. Había nacido tirano y tenía la insolencia del gobierno aun antes de tener la fuerza, no dando á la palabra sino la forma del mando: era lacónico como la voluntad. Sus comisiones en los campamentos y el uso imperioso que había hecho de su autoridad con los generales en medio de sus ejércitos, había enseñado á Saint-Just lo fácilmente que ceden los hombres bajo la mano de uno solo. Su valor y la costumbre que había adquirido del fuego, le habían dado la actitud de un tribuno militar tanto para ejecutar como para concebir un golpe de mano. Solo Robespierre era el único hombre ante el cual se inclinaba Saint-Just como ante el pensamiento superior y regulador de la república. Con todo, al acusar su lentitud, respetaba en él sus irresoluciones y se sacrificaba en su caída. Caer con Robespierre, le parecía caer por la misma causa de la revolución. Como discípulo impaciente, pero siempre discípulo, ostigaba al oráculo pero sin violentarlo nunca.

Couthon, Lebas, Coffinhal y Buonarotti, eran admitidos frecuentemente á aquellas conferencias. Todos eran republicanos sinceros, y sin embargo, conocían como Saint-Just que la hora de la crisis había llegado; y que si la república tenía horror por un tirano, tenía también necesidad de un poder menos vacilante y menos irresponsable que el de las comisiones. «La opinion se ha he-

cho hombre en tí, decía Buonarotti á Robespierre. Si tú te rehusas, no serás á quien engañes, sino al mismo pueblo. Si te detienes teniendo al pueblo detrás de tí despues de haberlo lanzado tú mismo pasará sobre tu cuerpo para ir á buscar por conductores á esos malvados que le precipitaron en una anarquía muy cercana á la tiranía.» Así en todas las crisis en que Robespierre se fiaba al tiempo y á la fortuna mas que á la resolución, tomaba el partido de que le hiciesen violencia por el momento creyendo que el oráculo estaba en la circunstancia, fiándose á la fatalidad, que es la superstición de los hombres por mucho tiempo dichosos.

## XI.

Sin embargo, quedó convenido entre él y sus amigos que la república tenía necesidad de instituciones, que faltaba un director supremo superior á las comisiones que manejase los resortes del poder ejecutivo; y que si los Jacobinos, la Convencion y el pueblo se decidían á dar una cabeza al gobierno, Robespierre se sacrificaría á esta magistratura temporal. Se convino además en arrancar el poder á los miembros de las comisiones; vigilar y depurar á los Jacobinos, que eran el punto de apoyo indispensable para remover á la Convencion; apoderarse del consejo general de la municipalidad que disponía de la insurrección; hacerse dueños por medio de Henriot de la fuerza armada de París; de lisongear por Saint-Just y Lebas la opinion del ejército; de llamar sucesivamente de los departamentos á los diputados comisionados de que no estaban muy seguros; de alejar de la Convencion ó de perder en el espíritu del pueblo á los que sospechaban con ambiciosos designios; y en fin, preparar con anticipación á Robespierre un arma legal, tan arbitraria, tan



absoluta y tan terrible que nada tuviese que pedir de mas cuando fuese elevado á la suprema magistratura para hacer inclinarse á todas las cabezas bajo la ley de la unidad y del nivel de la muerte. Robespierre se reservaba con todo no obrar sino por la fuerza de la opinion, de no recurrir á la insurreccion, respetar la soberanía nacional en su centro y no aceptar mas titulo ni poder que los que le fuesen impuestos por la representacion nacional. Couthon se encargó de preparar un decreto que diese la dictadura á las comisiones. Una vez votada aquella dictadura por la Convencion la arrancarian de manos de las comisiones y la volverian contra estas si fuese necesario. Este fué el decreto que llamaron algunos dias despues el decreto del 22 prairal. Saint-Just suspendió por algunos dias su marcha para el ejército del Rhin, á fin de lanzar ante la comision y ante la Convencion algunos de aquellos axiomas que caen desde lo alto en el pensamiento de una asamblea, que hacen presentir la profundidad de los designios y que preparan la imaginacion á lo desconocido.

## XII.

Las circunstancias eran extremas, y el terreno resbaladizo. La muerte de Danton habia decapitado á la Montaña. Los montañeses estaban admirados aun, de haberse dejado arrebatar por un golpe de mano tan súbito, tan atrevido y tan imprevisto, un hombre que se arraigaba en ellos y cuya ausencia los entregaba sin alma, sin voz y sin brazos á la prepotencia de las comisiones. Robespierre por este golpe de Estado habia conquistado una autoridad y un respeto que llegaba en los convencionales hasta el temor, pero tambien hasta el aborrecimiento. El hombre que habia muerto á Danton podia atreverse á in-

tentarlo todo. Hasta entonces se habia creído en el desinterés, pero ahora se creía en la ambicion de Robespierre. La sospecha solo de aquella ambicion era una fuerza para él. Hay vicios que la cobardía de los hombres respeta mas que la virtud. Desde el momento en que Robespierre se preparaba á reinar se preparaban ellos á obedecer. Los esclavos no fallan nunca para los tiranos ni estímulo á la tiranía. La Montaña fingia en masa la idolatría de Robespierre.

Sin embargo, aquel culto aparente estaba mezclado en el fondo de temor y de ira. Los numerosos amigos de Danton experimentaban una secreta vergüenza por haberlo abandonado. El nombre de Danton era un remordimiento para ellos. Su sitio permanecia vacío en la Montaña, y era una acusacion el no ocuparlo; pareciéndoles á cada instante que se iba á levantar de aquel banco para reprenderles su bajeza y su servilismo. Su recuerdo les era importuno hasta que lo hubiesen vengado.

Pero á escepcion de algunas miradas de inteligencia, y de algunas palabras sueltas nadie se atrevia á confiar en su vecino aquellas murmuraciones interiores. Robespierre estaba reducido á buscar en las fisonomías el favor ó el odio que le tenían. Para descubrir una oposicion era necesario interpretar los semblantes.

## XIII.

Entre estos aspectos significativos que inquietaban ú ofendian las miradas de Robespierre, se notaba á Legendre, cubierto no obstante, con la máscara de la complacencia; Leonardo Bourdon, que ocultaba mal el sentimiento; Bourdon (del Oise), demasiado destemplado de palabras para la mudez de la servidumbre; Collot de Herbois, demasiado declamador para soportar la superio-

ridad del talento; Barrere, cuya fisonomía ambigua aun dejaba indecisa la sospecha; Barras, que aparentaba la imparcialidad; Freron, que ocultaba las lágrimas con que había inundado su corazón desde la muerte de Lucía Desmoulins; Tallien, ocultando mal una tristeza siniestra desde la prisión de Teresa Cabarrús, que había tomado su nombre en los calabozos de los Carmelitas; Carnot, cuya frente austera y marcial se desdeñaba inclinarse; Vadier, tan pronto cariñoso como tan pronto agresivo; Luis (del Bajo Rhin), mostrando el valor de su violencia; Billaud Varennes, imagen de Bruto espiando un César; su semblante pálido y prolongado, su arrugada frente, sus delgados labios y su mirada penetrante y como tendiendo un lazo revelaban una naturaleza difícil de conocer, difícil á ceder, é imposible á dominar; en fin, Courtois, diputado del Aube, amigo de Danton, que jamás había aplaudido sus crímenes, pero que tampoco había hecho traición á su recuerdo, hombre honrado cuyo republicanismo probo y moral no le había endurecido el corazón.

Algunos amigos de Marat y de Hebert, diputados tales como Carrier, Fouché y otros convencionales llamados de sus comisiones para obedecer al clamor público contra sus atrocidades, se agrupaban ó se mostraban descontentos en las filas de la Montaña. El centro compuesto de los restos de los girondinos, mas flexible y mas servil que nunca desde que lo habían diezmado, se callaba, votaba y admiraba; pero en un tiempo en que el título solo de facción era un crimen, nadie se confesaba pertenecer á un partido; todos aquellos hombres jugaban al entusiasmo ó á la simulación del entusiasmo formando la unanimidad aparente; todos aspiraban á confundirse de modo que no se hiciese notar. El aislamiento se hubiera parecido á la oposición, y la oposición al complot.

c

## XIV.

En el interior de las dos grandes comisiones, los partidos se tocaban de cerca y se caracterizaban mejor sin confesarse mucho. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin), David, Lebas, Lavicomterie, Moyse Bayle, Elias Lacoste y Dubarran, componían la comisión de seguridad general. Hombres subalternos por su talento, no imprimían, pero seguían el movimiento; no rivalizando en las atribuciones de la comisión de salud pública, sino cuando las divisiones de esta comisión suprema forzaron tanto á Billaud Varennes y á sus amigos como á Robespierre y á los suyos, á provocar la reunión de los dos consejos para hacer que se pronunciase una mayoría. Casi todos aquellos miembros de la comisión de seguridad general manifestaron un respeto absoluto por las opiniones de Robespierre. Sin embargo, algunos se acordaron con amargura de Danton y otros de Hebert; y en fin, otros como Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin) y Vadier, trataron de darse alguna importancia personal y luchar con la comisión de salud pública. David y Lebas representaban allí únicamente las voluntades del dominador de los Jacobinos; el primero por servilismo, y el segundo por sentimiento y por convicción.

## XV.

La ausencia de muchos representantes que estaban en comisión de la de salud pública dejaban á las deliberaciones oscilar entre un pequeño número de miembros que reasumían la república. Estas eran entonces Robespier-

re, Couthon, Saint-Just, Billaud Varennes, Barrere, Collot de Herbois, Carnot, Prieur y Roberto Lindet.

Robespierre, Couthon y Saint-Just eran los hombres políticos; Billaud Varennes, Barrere y Collot de Herbois los revolucionarios. Carnot, Prieur y Roberto Lindet, eran los administradores de las comisiones. Los primeros gobernaban, los segundos herian y los terceros servian a la republica.

Entre el partido de Robespierre y el de Billaud Varennes empezaban á manifestarse sordos pero profundos disentimientos. Carnot, Roberto Lindet y Prieur se esforzaban en ahogar aquellas disensiones en el misterio de las sesiones por temor de que animasen en el exterior facciones fatales á la libertad comun. Algunas veces aquellos tres decemviros se reunian á Robespierre, pero con mas frecuencia á Billaud Varennes y Barrere. El orgullo solitario de Robespierre, la aspereza de Couthon, y el dogmaticismo de Saint-Just, ofendian á aquellos convencionales y los rechazaban involuntariamente por la repulsi6n de caracteres en una muda apatia que se asemejaba á la opinion. Cuando Robespierre estaba ausente se pronunciaba la palabra tirano. Decian que abusaba sucesivamente de la palabra y del silencio; que mandaba como un dueño ó se callaba como un superior que se desdena de discutir; que dejaba á la comision la responsabilidad de sus actos despues de haberlos inspirado; que se reservaba criticar en los Jacobinos lo mismo que habia consentido en las Tullerías; que se burlaba de la moderacion blasonando la efemencia; que defendia á las victimas cuya sangre era lo mas indispensable para su propia grandeza; que rechazaba todo lo odioso del gobierno sobre sus colegas; que los difamaba por su aislamiento; que usurpaba para sí solo toda la popularidad; que dificultaba la guerra en las manos de Carnot; que se sonreia con desprecio en su banco de las fanfarronadas militares de Barrere; que no ocultaba las ocultas intenciones que tenia de

llevar mas lejos su influencia en la comision; que tomaba en las sesiones una actitud que parecia el desden ó la magnitud de un despota. Ninguna familiaridad endulzaba su autoridad, que llegaba tarde, entraba con un paso descuidado, se sentaba sin hablar, bajaba los ojos sobre la mesa, apoyaba la cabeza entre las manos, impedia á sus lábios espresar ni aprobacion ni critica, fingiendo hábilmente la distraccion, y á veces la indiferencia ó la impasibilidad.

Tales eran las quejas que corrian en voz baja contra Robespierre en las comisiones.

## XVI.

En la municipalidad reinaba como soberano por Fleuriot-Lescot y por Payan, uno corregidor de Paris, y el otro agente nacional. El tribunal revolucionario le era adicto por Dumas, por Hermann, Souberbielle, Duplay, y por todos los jurados, que fueron escogidos en la clase del pueblo en que el nombre de Robespierre era divinizado.

## XVII.

En los Jacobinos, Robespierre reinaba por sí mismo. Desdeñoso en la comision, descuidado en la Convencion, era asiduo, infatigable, elocuente, cariñoso y terrible cada noche en las sesiones de aquella sociedad. Allí estaba su imperio, que consolidaba ejerciéndolo acostumbando á la opinion á obedecerle para preparar la republica á ponerse en sus manos. Pocos dias despues de la muerte de Danton, empezó á ejercer la soberania de su tribuna.

Dufourny, presidente habitual de los Jacobinos, hacia algunos años se había atrevido á veces á interrumpir al orador ó á contradecirlo en medio de sus discursos. Además había murmurado contra el informe de Saint-Just y contra la proscripción de los dantonistas. Atacado por Vadier, Dufourny trató de justificarse. Robespierre, dejando desbordar el torrente de resentimientos que acumulaba desde algun tiempo contra él: «¡Acuérdate, dijo á Dufourny, que Chabot y Ronsin fueron imprudentes un día como tú, y que la imprudencia en la frente es el sello del crimen!—El mio es la calma, respondió Dufourny—¡La calma! replicó Robespierre. No, la calma no existe en tu alma. Notaré todas tus palabras para descubrirte á los ojos del pueblo. ¡La calma! Los conspiradores la invocan siempre, pero nunca la tienen. ¡Qué! ¿se atreven á sentir á Danton, Lacroix y sus cómplices, cuando los crímenes de aquellos hombres están escritos con nuestra sangre, y cuando la Bélgica aun humea por sus traiciones? No lo conseguirás; tú fuistes enemigo de Fabre de Eglantine.» Después de este apóstrofe, Robespierre hizo de Dufourny el retrato de un intrigante, de un ambicioso, de un mendicante de popularidad, y pidió que fuese despedido. Dufourny confundido por una ira que entonces era el presentimiento del suplicio, se arrepintió de no haber adivinado antes el poder y el odio de Robespierre. Fué entregado á la comisión de seguridad general.

## XVIII.

Saint-Just de día en día elevaba mas su papel en la Convención. Se esforzaba por engrandecer el alma de la república á la proporción de una completa regeneración de la sociedad. Sus máximas tenían el dogmatismo y

casi la autoridad de un revelador. Se creía ver en aquel hombre tan jóven, tan bello y tan inspirado, el precursor de la edad nueva. «Es necesario, decía en un informe sobre la policía general, hacer una ciudad nueva. Es menester hacer comprender que el gobierno revolucionario no es ni el estado de conquista ni el estado de guerra, sino el tránsito del mal al bien, de la corrupción á la probidad, de las malas máximas á las máximas honradas. Un revolucionario es inflexible; pero es sensible, dulce, político y frugal. Hiere en el combate y defiende la inocencia ante los jueces. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario, y no era ni insolente ni grosero sin duda. ¡Sed semejantes á él! No esperar otra recompensa que la inmortalidad. Yo sé que los que han querido el bien han perecido todos. Codro murió precipitado en un abismo. A Licurgo le sacaron un ojo los pícaros de Esparta y murió en el destierro. Focion y Sócrates bebieron la cicuta. La misma Atenas en aquellos días se coronó de flores. No importa, habian hecho el bien. ¡Si aquel bien fué perdido para su país, no ha estado oculto para la divinidad! Formar una buena conciencia pública, he aquí la policía. Esta conciencia, uniforme como el corazón humano, se compone de la inclinación del pueblo al bien general. Habeis estado severos y habeis debido serlo. Ha sido necesario vengar á nuestros padres y ocultar bajo sus ruinas esta monarquía, inmenso sepulcro de tantas generaciones avasalladas. ¿En qué se convertiría una república indulgente contra enemigos encarnizados? ¡Hemos opuesto la cuchilla á la cuchilla, y se ha fundado la libertad! Ha salido del seno de las tempestades y de los dolores, como el mundo que sale del caos y como el hombre que llora al nacer.» (La Convención aplaudió con entusiasmo.)

«Que los demas pueblos nos lean su historia. ¿Su nacimiento fué menos agitado? Han tenido siglos de locura y nosotros no llevamos mas que cinco años de resistencia

á la opresion, y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio.

«Amamos la vida oscura. ¡Ambiciosos, id á pasearos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos: decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de si mismo! Arrojad fuera de vuestro suelo á los que restrañan la tiranía: el universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, ó inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. ¿Se acusa al gobierno de diadema? ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Ciceron desplegó contra Catilina. Solo César sintió á aquel traidor. ¡A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio! Formad instituciones civiles, en las cuales aun no se ha pensado. Y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudar Todo lo que en el día de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará al mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que la Convencion solo domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

## XIX.

Estas máximas líricas parecia que prometian en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presentimientos de clemencia y aspirando á constituir.

Robespierre y sus amigos se adelantan á la Conven-

cion en aquellos sentimientos. Sabian que las palabras de Saint-Just, no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del orden antiguo y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado el primero, y estaba impaciente por tomar el segundo. Cansado ya de suplicios, queria segun dijo, asentar al gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es el único que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada sino es la expresion de la voluntad humana; y es necesario para hacerla santa que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es mas que la *servitud*; lo que constituye el *deber*, es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deista. Este título haciendo santa á la ley, la hace tambien mas fuerte porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones y por las parodias del culto católico que Hebert y Chaumette habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creído que Dios era una preocupacion anti revolucionaria. La república parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateísmo predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallage á un culto repudiado por ellos, y por los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo al sacudir aquella cadena divina de la fé de Dios que retenia su conciencia,